

El Museo Guatemalteco.



PERIÓDICO LITERARIO Y DE VARIEDADES.

Núm. 4.  **Juésves 20 de Noviembre de 1856.**  **2 reales.**

LITERATURA.

DE LOS SENTIMIENTOS HUMANOS.

ARTÍCULO I.

Una de las mas espléndidas demostraciones de la existencia de Dios, es la admirable correspondencia que se observa entre los sentimientos, deseos y necesidades del hombre, y las leyes del mundo físico, moral é intelectual. Es imposible que hubiera esta correspondencia, esta relacion íntima entre necesidades y deseos por una parte, y por otra facultades y objetos extraordinarios destinados á satisfacerlos, á no existir una inteligencia suprema que estableció aquellas relaciones y armonías. El que dotó al hombre de la vista, le cercó tambien de una esfera de luz, sin la cual fueran inútiles los ojos. El que puso el oído en la cabeza humana, creó tambien el aire, vehículo de los sonidos. Un mismo entendimiento soberano fué el que escitó el hambre en el estómago del niño recién nacido, y abrió las fuentes del primer alimento en los pechos de su madre. Este axámen, que podríamos estender á todas las necesidades físicas y materiales del hombre, prueba que sin una providencia que hubiese adaptado á cada instinto los medios de satisfacerlo, seria imposible la existencia del universo.

El mismo razonamiento puede hacerse con respecto á los sentimientos de una clase mas elevada. No hay ningun deseo moral, de los que son innatos y jenerales y no pertenecen á la clase de facticios y creados por la sociedad, que no tenga facultad y objeto que lo satisfaga. Dígalo el sentimiento del amor, considerado asi física como moralmente: dígalo el de la amistad, mas puro, mas desinteresado, mas no-

ble: dígalo el de la curiosidad, para cuya satisfaccion se han concedido al hombre las facultades de abstraer y analizar: dígalo, en fin, el sentimiento social, impreso igualmente en todos los hombres, y que se satisface cercenando una parte de la libertad natural, para hacer mas agradable y fructifera la que se conserva en el orden civil, bien como se podan en un arbol algunas ramas y se asegura asi en las guillas el fruto mas abundante y sazonado.

De estas consideraciones se deduce por legitima analogía que el sentimiento relijioso, tan innato y jeneral como los otros ya citados, ha de corresponder como ellos á un objeto fuera de nosotros que lo satisfaga; y pues los hombres sienten la necesidad de que exista una divinidad, indudablemente existe Dios. Esta prueba, que los moralistas y teólogos deberán desenvolver mas estensamente, pero que nosotros no hacemos mas que indicar, por no ser ese nuestro propòsito en este artículo, no ha sido hasta ahora esplicada con el rigor demostrativo que merece. Tertuliano la indica, pero con la concision ríjida y nerviosa de su estilo; y Lactancio Firmiano la amplifica mas bien que la demuestra, porque era mas retórico que filósofo.

Pero ella misma nos servirá de ejemplo para conocer mejor la economia de los sentimientos humanos, que es ahora nuestro objeto, y al mismo tiempo desvanecerá una objecion que puede hacérsele; objecion que ya satisfizo sin responderla el elocuente Tulio, cuando dijo que no hay nacion que no sepa que hay Dios, aunque ignore cuál conviene adorar.

Es indudable la jeneralidad del sentimiento que eleva á Dios el corazon humano; pues para aniquilar su influjo se necesita un gran trabajo intelectual, que pervierta el entendimiento con sofisterías, ó una continua série de malas

acciones, que corrompan el corazón, y á veces uno y otro; y aun así es corto, cortísimo, quizá cero, el número de los hombres íntimamente persuadidos de la no existencia del Ser Supremo. Algunos la niegan por orgullo ó despecho; mas no por eso dejan de creerla. Otros dudan, y creen satisfacer á su conciencia, permaneciendo en esta duda, que no es tan fácil como necesario deponer. Pero estas escepciones y anomalías nada prueban contra la universalidad del sentimiento. Lo que todos los hombres sienten, sin necesidad de esfuerzos de raciocinio, de estudios, de conocimientos, de vicios ni de virtudes; lo que todos conocen y espresan naturalmente, ignorantes y sabios, desde el gañan hasta el rey, en todos los países, en todas las rejiones del universo y en todas las épocas de la historia, sea cual fuere el grado de su civilización ó de su barbarie, eso es lo que nosotros creemos *sentimiento innato y jeneral*, y tan jeneral é innato es el sentimiento religioso como el de la propia conservación. Si nada prueban contra este los suicidas, ménos probará contra aquel el corto número de los que son ó se llaman ateos.

Pues ¿como es, dirán algunos, que siendo universal el sentimiento religioso, no lo es el conocimiento del verdadero Dios, á quien debe dirigirse? Por la misma razon que un hombre ama muchas veces á una persona indigna de su cariño; por la misma razon que se equivoca frecuentemente en los medios de su felicidad. El instinto es cierto y seguro en el hombre, como en los demas animales; pero la razon que dirige al primero, está sujeta al error; mucho mas cuando la ofuscan otras pasiones ú otros sentimientos del corazón humano. Así, dice muy bien Ciceron: que todas las naciones reconocen la divinidad por instinto, aunque su razon no alcance á distinguir cuál es el verdadero Dios. Tratemos de explicar este fenómeno de la certeza del sentimiento reunida á la falibilidad del raciocinio.

Los instintos son anteriores en el hombre á las ideas; para el ejercicio de los primeros, basta *sentir*; para adquirir las segundas, es necesaria la análisis. Ahora bien, el instinto guía con seguridad al objeto, y como inspirado por la naturaleza no puede engañar; pero la análisis puede hacerse bien ó mal: en el primer caso perfecciona el sentimiento; en el segundo lo falsea y desnaturaliza. Esto se ve claramente en el ejemplo que nos hemos propuesto. No se necesitan grandes esfuerzos de raciocinio pa-

ra ligar á la idea del Ser independiente (que es la primera que tenemos de Dios) la de su unidad, omnipotencia, libertad y bondad. Y sin embargo, ¡qué absurdos tan horrendos se han creído de la divinidad! Se la ha supuesto dividida en los grandes señores del Olimpo, como la soberanía en el régimen feudal: se la ha aplacado con víctimas humanas: se han quemado en sus aras los niños por las manos mismas de sus padres: se ha limitado su poder á determinadas partes del universo: se la ha sometido á la ley del destino, que en este caso venia á ser el verdadero Dios; en fin, se la han atribuido todos los vicios y maldades humanas. No hablemos de las apoteosis del cocodrilo, del puerro, de la cebolla y de tantos otros dioses como creaba el Egipto en sus huertos. ¿De dónde procedieron las extravagancias de la superstición ó los furios del fanatismo; de dónde, en fin, tantos errores, que hicieron dudar á Plutarco si eran mas vilipendiosas para la deidad las falsas creencias que el ateísmo? No de otra causa sino de análisis mal hechas. El sentimiento era recto; pero fueron mal elejidos los objetos del culto, y Lucrecio se engañó mucho cuando atribuyó al primero lo que solo fué efecto de los estravíos de la razon en el célebre impío verso.

«Tantum religio potuit suadere malorum.»
«Tamaños males persuadió á los hombres
«la relijion.»

«¿Por qué, pues, se nos preguntará, ha querido la naturaleza que, además del instinto seguro, tuviésemos por guía la razon fallible? Esto es lo mismo que preguntarnos por qué el hombre es libre. El instinto ciego nos dirigiría bien, pero sin mérito ó demérito de parte nuestra. La providencia ha querido que nuestra felicidad dependiese de nosotros; y esto no podía ser sin libertad, deliberación é intelijencia. Nosotros no indagamos sus motivos: nos basta conocer el hecho, aunque no dejaremos de decir de paso, que toda la dignidad del hombre, toda su superioridad sobre los demas seres que percibimos en el universo, está fundada en su razon y en su conciencia.

Siendo, pues, un hecho indudable la existencia de los sentimientos y la de la razon, conviene ahora examinar la economía respectiva de estos dos poderosos agentes.

VARIEDADES.

DISIPACION Y ESPIACION.

El oficio de traperero en Paris, como en todas partes, es una profesion humilde y oscura, tan oscura, que busca aqui precisamente las tinieblas de la noche para ejercerla. Pasando de uno à otro monton de basura, con el cesto à la espalda, el farol en una mano y el gancho en la otra, para ir recojiendo todos los objetos que la escoba ha arrojado al medio de la calle, por inútiles, y à los cuales el traperero atribuye sin embargo algun valor, puesto que en ellos libra él su subsistencia. La circunstancia de pasar asi la vida errante en este retiro nocturno, libre de las miradas de aquellas personas cuya presencia quisiera à veces evitar el hombre, por haberse visto ante ellas en mas feliz situacion, hace del oficio de traperero el supremo refugio de muchos *dandys* desesperados ó abatidos, que no teniendo valor para quitarse la vida, cuando ésta es ya para ellos una carga insoportable, à fuerza de vicios y de prevaricaciones, prefieren esconderla entre los basureros de la noche, encenagarla en algun bodegon ó taberna de las Barreras y sepultarla en fin en alguna boardilla ó masmorra del célebre arrabal de Saint-Marceau.

Por esto es muy sabido en Paris, que si fuera posible escudriñar los semblantes y la filiacion de mas de cuatro de esos tristes murciélagos del farolito misterioso y del gancho, se hallaria siempre entre ellos buen número de ex elegantes señoritos que han brillado con su lente y su puro en el Boulevard de Gante y en el de los Italianos.

Remi D..., hijo de un rico propietario de una ciudad de provincia, se creyó à fuer de rico, dispensado de recibir educacion. El juego, los bailes y paseos, las diversiones, la ociosidad mas completa, absorbian enteramente la vida párasita de este señorito provinciano, ó de este cortesano de provincia. Sin embargo, era rico, y no podia menos de hallar mujer para casarse. La halló, en efecto y muy rica ella tambien y muy hermosa. Era una prima suya, à quien D... prometió y juró bajo palabra de honor (como si un hombre sin educacion, por mas rico y mas elegante que él sea, pudiera tener honor ni palabra) que renunciaria à su antigua vida disipada, para recogerse en el santuaio del matrimonio y de la

familia.

Tan fiel se mostró D... à esta promesa, que al cabo de algunos meses despues de verificado su casamiento (harà unos 25 años) cuando ya tenia consumida casi toda la hacienda suya y la de su mujer, en sus vicios, realizó el capital que pudo, y dejando à aquella infeliz en cinta y con grande escasez de recursos, desapareció un dia y se vino à Paris con el designo de vivir en la mas absoluta y completa libertad ó libertinaje. Claro es que en Paris, por muy crecido que fuese su capital, una vida como la de Remi debia de hallar su fin muy pronto. Falto enteramente de recursos, D... resolvió por fin abandonar el frac, ó mas bien, el frac le abandonó à él ya para siempre, y cargó con arapos, el cesto el gancho y el farol del triste traperero. Esta metamorfosis del rico y perfumado doncel habiase efectuado sin que su familia supiera nunca de él ni siquiera averiguara su paradero. Entretanto, su mujer habia dado à luz un niño, y este niño habiase educado por ella y por sus abuelos, bajo principios mucho mas morales y mas esmerados que los que habian precedido à la educacion de su padre, cuya muerte le habian hecho creer en la infancia. Llegado ya à cierta edad, su madre le comunicò el secreto de la fuga del padre, y la posibilidad de que éste existiera aún. El jóven Julian D... concibe entonces la esperanza y el deseo de conocer el autor de sus dias, tal vez de aliviar su suerte y sus penas, si le hallára en una situacion desgraciada: y con tan laudable designio se dirige à Paris en los últimos meses de 1855. A fuerza de pasos y diligencias logró al fin saber, por los registros de la policia, que Remi D... ejercia en Paris, hace muchos años, la profesion de traperero, bajo el supuesto nombre de Gilbert, y que habitaba en el duodécimo distrito de la capital.

Con efecto, en una de las calles mas estrechas y sombrías que se desprenden de las alturas llamadas la Montaña de santa Genoveva, y bajo las ruinas mugrientas de una casucha decrepita se alojaba desde hace algunos años, el traperero Gilbert, quien solo parece habia elegido alli su domicilio civil; pues apenas le frecuentaba sino cada 8 ú 10 dias, pasando éstos y las noches entre los basureros y en compania de sus amigos en la oscura trastienda de una taberna. Un dia del último diciembre llegó à la casucha un jóven elegante, y preguntó al conserje por el traperero Gilbert. Díjole, que apenas se le veia; pero si algo tenia que comunicarle, él lo haria de buen grado à su vuelta à la habitacion. El

caballero dijo que necesitaba verle personalmente. Volvió repetidas veces el desconocido visitante, sin que nunca le fuera dado el hallar á Gilbert. Por último, un día le dejó una carta firmada, en la cual el hijo le declaraba todo, y le pedía ó le daba una cita con premura. Al entrar el traperero en su casa, el conserje le dió la carta. Gilbert se encerró, la leyó, y al cabo de cuatro horas, volvió á salir con otra carta escrita por él, la cual entregó al conserje con mano trémula y los ojos humedecidos por el llanto, diciéndole: «Hé aquí la respuesta que V. entregará á ese caballero.»

El día 1º de enero, muy de mañana, el jóven provinciano volvió á la casucha de Gilbert, donde le entregó el conserje la respuesta de éste á su carta, diciéndole, que «habia venido ya en efecto, á su habitación; pero que volvió á salir á las pocas horas, encargándole de poner « en sus manos aquel otro papel.»—«¡Muerto!» exclamó el jóven con desesperacion, luego que abrió la carta,—«¡Muerto! sin haber querido « verme!»—La respuesta de Gilbert no contenia mas que estas palabras:—«No quiero avergonzarme en presencia de mi hijo: marchó hácia las redes de San Cloud.»—Y las aguas del Sena condujeron en efecto hácia aquel sitio el cadáver de Remi D...

INVENCION DE LAS PELUCAS.

LA PRIMERA PELUCA.—Felipe el Bueno, duque de Borgoña, perdió á consecuencia de una grave enfermedad, todos sus cabellos. Fuele tanto mas sensible este disgusto, cuanto que acababa recientemente de desposarse con la bella princesa Isabel de Portugal. Para disimular cuanto le era posible su calvicie, se cubrió la cabeza con un pequeño casquete negro. Pero este gorro no le impedia el estar muy feo y no impedia que lo echase de ver la princesa.

El duque, á la mañana siguiente de sus bodas, se hallaba con una pesadumbre mortal.

Un prelado que gozaba gran crédito en la corte, se aventuró á preguntarle la razon.

—Señor, le dijo, vuestra buena ciudad de Bruselas se halla inconsolable con el pesar de V. A. ¿No tendríamos algun medio de aliviarlo?

—¡Es imposible! respondió Felipe: mi mal es incurable, y sin embargo, ¿qué no daría yo por ser amado de mi esposa?

El prelado no perdió del todo la esperanza. Queriendo conservar el favor del duque, propuso un elevado premio á aquel que descubrie-

se un medio de disimular la calva.

Al cabo de algun tiempo solicitó un extranjero ser introducido á su presencia. Le presentó un gorro cubierto de una rubia y larga cabellera, tan natural y tan perfecta cual si hubiese crecido sobre una cabeza humana.

A la vista de esta obra humana dió el prelado un grito de alegría.

—¡Tu nombre! dijo vivamente al extranjero, ¡tu nombre, hombre admirable!

—Pedro Lorchaut, monseñor, barbero vecindado en Dijon.

En la noche de este memorable día, Felipe dió á los habitantes de Bruselas un soberbio baile en el que se presentó con la cabeza cubierta de una hermosa peluca rubia. No dice la historia si la duquesa Isabel concibió por esto mas amor á su esposo. ¿Pero que importa? al recorrer esta relacion mas de uno de nuestros lectores, echando la mano á su cabeza, bendecirá la memoria de Pedro Lorchaut.

LA JUVENTUD.

¡O dicha pura!

Edad alegre, viva, placentera,
Manantial de esperanza lisonjera,
Prolongada sin fin.

¡Dias felices!

De amor, inesperienza y ardimiento,
En que refleja al mundo, al firmamento,
La luz del corazon.

¡Cuanto atractivo

Encerrais en las horas! mal queridas,
Cuando uno es joven, y despues sentidas
Cuando uno envejeció.

Con la salud,

Traéis el desarrollo corpulento,
Inquieto, sin sosiego, en movimiento,
Creando fuerza precoz.

Sellais la frente

De altivez y candor, lealtad, franqueza:
Dais á los sentimientos la nobleza,
A la mente el ardor.

Llenais de fuego

De los brillantes ojos la mirada,
Entre vueltas pestañas sombreada,
Radiante de pasion.

En primavera,
 Cuando luce abrasado un bello día,
 Cada soplo del aura es fantasía,
 Cada flor ilusión.

Si contemplamos
 La azul concavidad del limpio cielo,
 Hay millares de puntos en su velo,
 Y en cada uno un amor.

Respira fuego
 Cuanto respira en torno de la mente:
 El pecho se dilata, arde la frente
 De voluptuosidad.

¡Qué bellos días!
 Volved, volved, no vayáis de mí huyendo,
 A sepultaros en el seno horrendo
 Del olvido postrer.

Mas no vengais,
 De afecciones profundas perseguidos,
 Que consumen el pecho
 Y un feliz

No acibarados
 Por los tristes programas
 Ni con los atractivos que
 Pone un su

No con deseos
 Que tenga el buen sentido
 No con malos instintos
 No con el

Si así volveis,
 Volved, volved, no vayáis de mí huyendo,
 A sepultaros en el seno horrendo
 Del olvido postrer.

M. Rivera.

UN RECUERDO Y UNA LÁGRIMA.

Sobre tu rostro doliente
 Se retrata la tristura
 Que una amarga desventura
 Te puso en el corazón.
 Yo no conozco tu historia;
 Pero nunca indiferente
 Para mí fué el ser que siente
 Algun intenso dolor.

Jamás se oculta á mis ojos
 El ajeno sufrimiento,
 Que la amargura que siento
 Me le hace adivinar.

Porque yo también, señora,
 Conservo una historia amarga,
 Triste, misérrima, larga,
 Una historia muy fatal.

Yo también llevo en el alma
 Recuerdos que son tan tristes
 Como aquellos que tuvistes
 De otro ser que te adoró.

Y aunque en mi frente no veas
 La tristeza funeraria
 De la virgen solitaria
 Que al dulce esposo perdió;

No pienses nunca, señora,
 Que mi corazón herido,
 No llora un amor perdido
 Que tal vez no vuelva á ver.

Porque dejo en mi pasado
 Mil imágenes queridas,
 Como las flores caídas
 De aquel Eden que soñé

Mas perdóname, señora,
 Si, olvidando tus dolores,
 Mis pasados sinsabores
 Te refiero á mi pesar.

Quiero mejor que me escu
 Oyendo tu propia historia,
 Que sin duda en tu memoria
 Deber siempre repasar.

Si la triste simpatía
 De este misero poeta
 Alivia tu alma repleta
 De amargura

Déjame

Tus ar

Que

P

La dulce y tranquila calma
 Que disfruta la virtud.
 Y à veces son muy amargos
 Esos recuerdos, señora,
 Que una vision seductora
 Nos traen del perdido bien.
 Es una imàjen radiante
 Que vimos entre halagüenos,
 Místicos, sublimes sueños,
 De un ambicionado Eden.
 Allà en las nocturnas horas,
 Cuando te quedas dormida,
 Una plegaria sentida
 De tus lábios se exhaló;
 Y mientras estás despierta
 Meditas con amargura
 En tu perdida ventura
 Que tan rápida pasó.
 Asi pasa aquí, señora,
 Para el hombre desgraciado
 El sueño mas adorado
 Que en su vida vió lucir;
 Porque destino es del hombre,
 En esta mansion de luto,
 Pagar el duro tributo
 De nacer para sufrir.

Asi tambien se marchitan
 aquellas flores divinas,
 Y las flores peregrinas
 De la ardiente juventud.
 Y despues son cual voces
 Murmuras y quejas,
 Mis horas dolorosas
 Que en el silencio
 De mi laud.
 Y las que el torbellino
 De la vida arrebatata,

Solamente la esperanza,
 Divina lumbre del cielo,
 Puede traer un consuelo
 A este valle de dolor.

Permite, pues, que contigo
 Divida tus sufrimientos:
 Quizà alivie unos momentos
 Tus tristezas y tu afan.

«Un recuerdo y una lágrima»
 Mezclar déjame contigo,
 Cuando llores al amigo
 Que mora en la eternidad.

A. Aragon.

PENSAMIENTOS SUELTOS.

Los excesos de nuestra juventud, son letras
 jiradas contra nuestra vejez, pagaderas con in-
 teres à treinta años vistas.

Los placeres son tan ingeniosos en adular al
 hombre, como los cortesanos à un rey.

El vicio nos punza, aun en nuestros placeres;
 pero la virtud nos consuela, aun en nuestras
 penas.

Si la vida es un bien, la muerte es su fruto;
 si la vida es un mal, la muerte es su término.

Cuando reflexiono, dice Diógenes Laercio,
 en las ciencias y las artes, observo que el hom-
 bre es casi igual à los dioses; mas cuando con-
 sidero la supersticion y el fanatismo, lo juzgo
 inferior à los brutos.

ANÉCDOTAS.

Dionisio el tirano, rey de Siracusa, habi-
 enviado à las canteras, que era una especie
 de presidio, al filósofo Philoxeno, porque no
 habia admirado unos versos que habia hecho,
 y de los cuales estaba muy pagado; y habiéndolo
 llamado al dia siguiente, le leyó otra com-
 posicion, preguntándole ¿qué le parecia? Pero
 Philoxeno, volviéndose à los guardas, les dijo:
 «Que me lleven otra vez à las canteras.»—El
 tirano, sin embargo, sufrió esta burla pacien-
 temente.

Hallándose en otra ocasion el mismo, falto
 de dinero, saqueó un templo de Júpiter, y qui-
 tándole un manto de oro macizo que tenia pue-
 sto: «Este manto, dijo, es muy pesado para el
 verano, y demasiado frío para el invierno.» Y
 haciéndole poner otro de lana, añadió: «Esta
 tela se acomoda mejor à todas las estaciones.»

ESTERIOR.**México.**

Ignacio Comonfort, Presidente sustituto de la República Mejicana, á los habitantes de ella, sabed:

Que en uso de las facultades que me concede el artículo 3º del plan de Ayutla reformado en Acapulco, y en atención á que en la madrugada del día 15 del mes actual ha estallado una sedición en el convento de San Francisco de esta ciudad, sorprendiéndose infraganti delito y en los claustros y celdas del mismo convento, muchos conspiradores, y entre ellos varios religiosos, he venido en decretar, con acuerdo unánime del Consejo de Ministros, lo siguiente:

Art. 1.º Se suprime el convento de Franciscanos de la ciudad de México, y se declaran bienes nacionales los que le han pertenecido hasta aquí, exceptuándose la iglesia principal y las capillas que con sus vasos sagrados, paramentos sacerdotales, reliquias é imágenes, se podrán á disposición del Illmo. Sr. Arzobispo, para que sigan destinadas al culto divino.

Art. 2.º El Ministerio de fomento dictará las medidas conducentes al aseguramiento y enajenamiento de los bienes declarados nacionales en este decreto.

Art. 3.º El producto de dichos bienes se repartirá desde luego entre el orfanatorio, casas de dementes, hospicio, colejo de educación secundaria para niñas y escuelas de artes y oficios de esta capital.

Por tanto, mando se imprima, publique, circule y se le dé el debido cumplimiento.—Palacio del gobierno nacional de México, á 17 de Setiembre de 1856.—*I. Comonfort.*—Al Ciudadano Ezequiel Montes.

PERIODICOS.—L' INDEPENDANT.—Tene-
mos el gusto de anunciar que ha sido revo-
cada la orden que suspendió su publicación, y
entendemos que de un día á otro reaparecerá
este periódico, que tan bien defendía los prin-
cipios democráticos.

LA OPINION.—Desde ayer (3 de Octubre) ha
vuelto á publicarse este periódico, que habia
sido suspendido de suprema orden.

NUEVOS PERIÓDICOS.—Mientras estuvo sus-
penso el Siglo XIX, han comenzado á publicar-

se dos nuevos periódicos: el *Universal* y la
República.

LADRONES.—Antes de ayer (2 de Octubre)
fué robada, en el Monte de las Cruces, la di-
lijencia que iba de México á Toluca. Los pa-
sajeros perdieron cuanto llevaban.

DURANGO.—Causa horror el cuadro de los
destrozos cometidos por los bárbaros en solo
el partido de Durango. Helo aquí: muertos,
622 hombres, 24 mujeres y 4 niñas: heridos,
19 hombres: cautivos, 4 mujeres, 67 niños y 1
niña: bestias robadas, 1,680 mulas, 1,019 ca-
ballos, 569 reses, y 1,063 cabezas de ganado
menor: bestias muertas, 1,063 mulas, 116 ca-
ballos, 3 asnos, 468 reses y 1,090 cabezas de
ganado menor.

Todavía no es esto todo. Los ranchos de Gi-
gantes y Cerrogordo han sido incendiados y han
quedado desiertos 20 ranchos y 21 estancias,
perdiéndose otras 7,851 bestias. La falta de
datos en las oficinas, hace creer que todas estas
cifras no representan mas que una tercera par-
te de los daños causados. Todo esto no necesita
comentario. Algunos años mas de abandono, y
el Estado de Durango habrá desaparecido.

Rusia.

ENTUSIASMO.—Al salir de San Petersbur-
go Mad. Taglioni, dejó por olvido en el hotel
en que vivia un par de babuchas. Sabedor del
olvido el dueño de la fonda, no tardó en publi-
carlo, y varios aficionados llegaron á ofrecer
por aquellas hasta 200 rublos (500 fr.); pero co-
mo aumentase diariamente el entusiasmo por
adquirirlas, declaró el poseedor de las zapati-
llas que no las daría por ménos de mil rublos.

Como que la cantidad era ya respetable, re-
solvieron unas cuantas personas comprarlas á
escote; pero despues ocurrió la dificultad de
quién habia de quedarse con ellas, pues natu-
ralmente cada cual queria ser el poseedor. Por
fin, despues de una acalorada discusión, y vis-
to que todos los pareceres estaban en desacuer-
do, propuso un chusco el *Taglioni* que se hicie-
ra un guiso con las babuchas y que disfrutaran
de él todos los compradores. La idea fué apro-
bada por unanimidad; y en fama que á los po-
cos dias se dió en San Peterburgo un banque-
te en el que se sirvieron como plato principal
las babuchas de la Taglioni. (S. J. Y.)

San Salvador.

D. CARLOS ERNESTO BERNARD.—Este señor ha sido recibido por el Gobierno de aquel Estado, como Vice-cónsul de Prusia.

ANTIGÜEDADES.—El Sr. D. B. Guerrero, de Culiquintia, dá razon de haber descubierto las que refiere en carta al Sr. Redactor de la *Gaceta* del Salvador. Dice así:

«En el centro de la planicie donde se halla situado el lugar de Hoya-Grande titulado hoy Nuevo Cuscatlan, descubrí dos promontorios de tierra, contiguo uno al otro, de figura perfectamente cónica y regular, cada uno levantado sobre una base de setenta y cuatro varas á la circunferencia, hasta la altura de trece varas el mayor y de seis el menor, ambos cubiertos enteramente de grandes lajas tan ingeniosamente colocadas que no presentaban sino la superficie igual de un solo cuerpo. Escitada fuertemente mi curiosidad por las muy notables circunstancias del descubrimiento, me propuse desde luego explorar el promontorio mayor, la construccion interior del cual era de la manera siguiente: su fondo, arrancado á la profundidad de cuatro varas de la superficie de la tierra, y en la figura de un triángulo cuyo vértice se dirijia al cerro menor, estaba guarnecido de una espesa pared compuesta de capas de tierra blanca y lajas puestas de plano, tan bien conectadas entre sí que daban á la pared la consistencia de un muro como destinado á la guarda de un interesante depósito. La mitad superior del cono se componia de tierra blanca, talpetate labrado en forma de adobe y piedras de gran magnitud, en medio de las cuales se encontraron piedras de moler, ollas y varios objetos de loza ordinaria. La inferior servia de depósito á muchos cadáveres humanos divididos unos de otros por lajas y capas de tierra roja calcinada, á la cabeza y pies de cuyos cadáveres habia varios tiestos de loza fina de diferentes colores.

Uno de los cadáveres, á mas de estos objetos, tenia en la mano derecha una hachuela de piedra de rayo y sobre el pecho una lámina de piedra de jaspe del tamaño y forma de un escapulario, labrada por un solo lado á medio relieve y con un pequeño horadado longitudinal, del cual parecia estar suspendida por medio de un cordon, cuyas insignias parecen ser religiosas ó de gobierno.»

Ultimas Noticias.

Guatemala, Noviembre 20 de 1856.—La *Gaceta* de hoy publica las siguientes.

El correo de Cojutepeque ha llegado ayer por la tarde, ha traido comunicaciones de Nicaragua. El dia 5 llegaron al Realejo los buques «San Joaquin» y «Centro-América» que condujeron la mayor parte de la division del Jeneral Solares; y se esperaba á la «Ascension» con el resto de la fuerza de este jefe. Debe haber llegado el 8 el «Italia» que, como se habia anunciado, se hizo á la vela el 7 en la Union, con una parte de la division del Coronel Cruz. El mismo buque debia conducir el resto de ella, á su regreso del Realejo.

El Sr. Jeneral Paredes dispuso que las fuerzas desembarcadas aguardasen á las demas en Chichigalpa.

En una carta particular de Leon del dia 7, se asegura que Diriomo, Niquinomo y la Virgen, estan ocupados ya por las fuerzas centro-americanas, y que los costaricenses han avanzado hasta Rivas. Dice la misma carta que el dia 3, á las 5 y media de la tarde llegaron á Leon unos quince desertores de Walker, quienes aseguraban que las enfermedades y el hambre hacian estragos en los aventureros. Estas noticias necesitan confirmacion, no conteniendo cosa alguna respecto á ellas las comunicaciones oficiales del Jeneral Paredes, que alcanzan al dia 6.

Segun lo anuncia el Jeneral Paredes, no habia novedad en el cuartel jeneral de Masaya.

Una carta del Realejo, fecha el 8, escrita por uno de los oficiales de la division del Jeneral Solares, anuncia que habia llegado la «Ascension.» Se habia verificado el desembarque de las fuerzas, desplegando las autoridades locales mucha actividad en la prestacion de los auxilios que se necesitaban. Los víveres eran abundantes y baratos, y el estado sanitario de las fuerzas muy satisfactorio.

(*Gaceta de Guatemala.*)

EL MUSEO.

Con el presente número se completa el primer mes de suscripcion. Los recibos irán firmados por D. L. Luna, y fuera de esta capital, por los respectivos Señores Agentes.

EDITOR RESPONSABLE: L. Luna.